

# Giorgio Viera

AGUSTÍN  
DEL CASTILLO\*

\* Licenciado en ciencias de la comunicación. Es reportero y redactor en el periódico Público. Ganador del premio jalisco de periodismo 1996, con diversas menciones honoríficas en el Premio Nacional de Periodismo de años posteriores. Este año recibió un reconocimiento por su trayectoria periodística de la Organización Periodismo Cultural, AC, de Jalisco.

Lo recuerdo perfectamente. Si es cierta la conseja de que los grandes momentos de la vida tienen escenarios portentosos, así ha de ser también con los desencantos: la verdad la supe frente al mar, pero no en la “larga herida verde” que es su isla de Cuba (*Vista del amanecer en el trópico*, Guillermo Cabrera Infante), sino ante el tumultuoso Pacífico mexicano, en los meandros que describe el río Marabasco previo a detenerse, impotente, en las dunas que le impiden el acceso directo a la enormidad del océano durante casi todo el año. Resulta que no se llamaba Giorgio, que el apellido Viera es una usurpación a los legítimos derechos de su padre, y que no era de ascendencia italiana o algo así, como erróneamente lo había supuesto, ingenuo de mí. En realidad su identidad ante el registro civil es Jorge López Viera y es nativo de La Habana (1974), aunque habla un poco como argentino, pero en perfecto castizo (hay que aclarar que está lejos de parecerse al argentino engreído de que hablan los mitos un poco acomplexados de nosotros los mexicanos; es sólo cuestión de la música de la voz).

Para entonces ya había una experiencia de trabajo común; como fotoperiodista en *Público*, Jorge me había apoyado en la realización de algunos reportajes. Justo un día antes de la revelación, deambulando por la Sierra de Manantlán, el Giorgio en cuestión había debido pelear a verbo limpio con un malhumorado ranchero de la comunidad de Cuzalapa molesto porque le tomó una fotografía justo sobre el puente del río. El contex-

to eran los problemas políticos internos de la comunidad indígena, atorada por un viejo cacicazgo que ha sobrevivido a los impulsos de la modernidad. Como sucede en muchos rincones de nuestra dilatada geografía nacional.

No tengo las credenciales ni la experiencia para hacer una crítica a un muchacho que además de mentir sobre su verdadero nombre (cosas de la artístea, pecado venial) tiene una trayectoria variopinta, tanto en su natal ínsula como en México, adonde llegó hace al menos seis años. Pero puedo ser claro al manifestarme como su amigo y admirador (y en mi descargo menciono de memoria esa frase de George Steiner: la crítica es la escuela de la admiración), lo que hace de esto, lo admito sin reservas, un recuento de emociones y reflexiones que poco tienen que ver con la objetividad.

La contemplación de las imágenes de sus cuidadas exposiciones, de sus fotografías impresas en las páginas efímeras y amarillentas de los periódicos, de los cuadros cuidadosamente enmarcados y acristalados en las paredes de su casa y de los reconocimientos que ha obtenido en esta labor tesonera que busca enriquecer nuestras miradas, no me puede generar más que satisfacción.

Allí veo rostros blancos o morenos; el sudor del esfuerzo que baja de las sienas; la mueca de la felicidad o de la tristeza que se dibuja en la boca; la vista inquisitiva o inocente de los seres vivos. Son personas de carne y hueso; unas se afanan en las avejentadas factorías y parecen mover con vigor



los miembros que hacen milagros sobre el pesado material inerte; otras deambulan despreocupadas o juegan en los breves momentos de concordia que tiene su atribulado existir; unas más, siempre mujeres y siempre hermosas, se desnudan de la vestimenta y exhiben su orografía inquietante, belleza que como decía Wilde no tiene necesidad de alguna justificación.

Así, como fruto del prodigio de la imagen, la fotografía accede al mundo de la permanencia: es el tiempo sin mácula de las risas de los niños de

las aldeas pesqueras; de los ceños fruncidos de los obreros; de la piel curtida y arrugada de rústicos labradores que empeñan su esfuerzo por zafras de utopía; de sensuales habaneras, o mexicanas, o de sabe dónde, con pieles tersas que van de la palidez del tescalame al bronceado de la caoba; de hombres y mujeres al borde de la muerte que sonrían y agradecen “cada instante” de una vida que no es siempre estúpida o inútil.

Sobre Giorgio bien se ha dicho: el suyo es un mundo nutrido de la retórica y los símbolos de



ese experimento socialista cubano que ya deja una fuerte y discutida impronta en sus generaciones y en las de nosotros, sus vecinos.

Tema que no puede dejar a nadie indiferente y que ha engrosado una importante nómina de oposiciones entre el autor en comentario y quien esto escribe.

Es allí donde la amistad adquiere sus más notables y desinteresadas facetas; nada más ajeno al

cinismo estalinista que esa apertura a la discusión que no busca convencer y que enfatiza en la posibilidad de un acuerdo. Algo del cáncer democrático ha penetrado en las inmovibles almas de la certeza.

Pero esa marca ideológica también predispone a Giorgio a la sensibilidad para ilustrar el mundo de los desposeídos, que está más allá de las dialécticas hegelianas o marxistas y que presenta una de



las grandes tragedias de nuestro tiempo. El prodigio de la imagen les da un rostro, y así la voz y resonancia para quienes no tienen capacidad política o que sólo la adquieren por el número, en tiempos electorales. La tara de las democracias niñas, como la nuestra. De ahí la importancia de mantener el periodismo libre, su ejercicio responsable pero sin censuras, y sus pretensiones, por llamarlas de algún modo, “metaperiodísticas”, que

buscan conciliar el buen oficio desinteresado de producir imágenes con el ejercicio inevitablemente interesado de informar a la opinión pública y encaminarla a la toma de posiciones sobre lo que se juzga esencial.

Como el periodismo escrito —que es de lo que conozco un poco—, el fotoperiodismo está obligado a enfrentar el reto de una sociedad que renuncia a pensar cada vez más. En ese sentido, la



imagen tiene un poder de fascinación que nos está vedado a quienes nos comunicamos por la letra. Pero eso entraña enormes riesgos y una responsabilidad ética sin paralelo. Porque muchas veces sólo se informa el lector por la imagen, en ésta se debe buscar con mayor precisión evadir la ambigüedad que lleve a las falsas conclusiones. Y el chantaje moral, y el descarado mercantilismo sensacionalista. Pero no se podrá evitar enfrentar una realidad que de por sí es compleja y llena de sentidos opuestos. Si la vida está inmersa en el caos y no en

el orden, el fotoperiodismo debe reflejarlo, aunque parezca subversivo (o tal vez por eso mismo). No hay que olvidar otro aforismo agudo de Wilde: “los libros que el mundo llama inmorales son libros que muestran al mundo su propia vergüenza”.

Mostremos las vergüenzas que hemos construido porque esa crítica enriquece y permite las posibilidades de reforma sin violencia en las discutidas sociedades de nuestro tiempo. Bienvenida la obra de Giorgio Viera, que contra imposturas incidentales se cimienta en esa frágil y evanescente verdad.